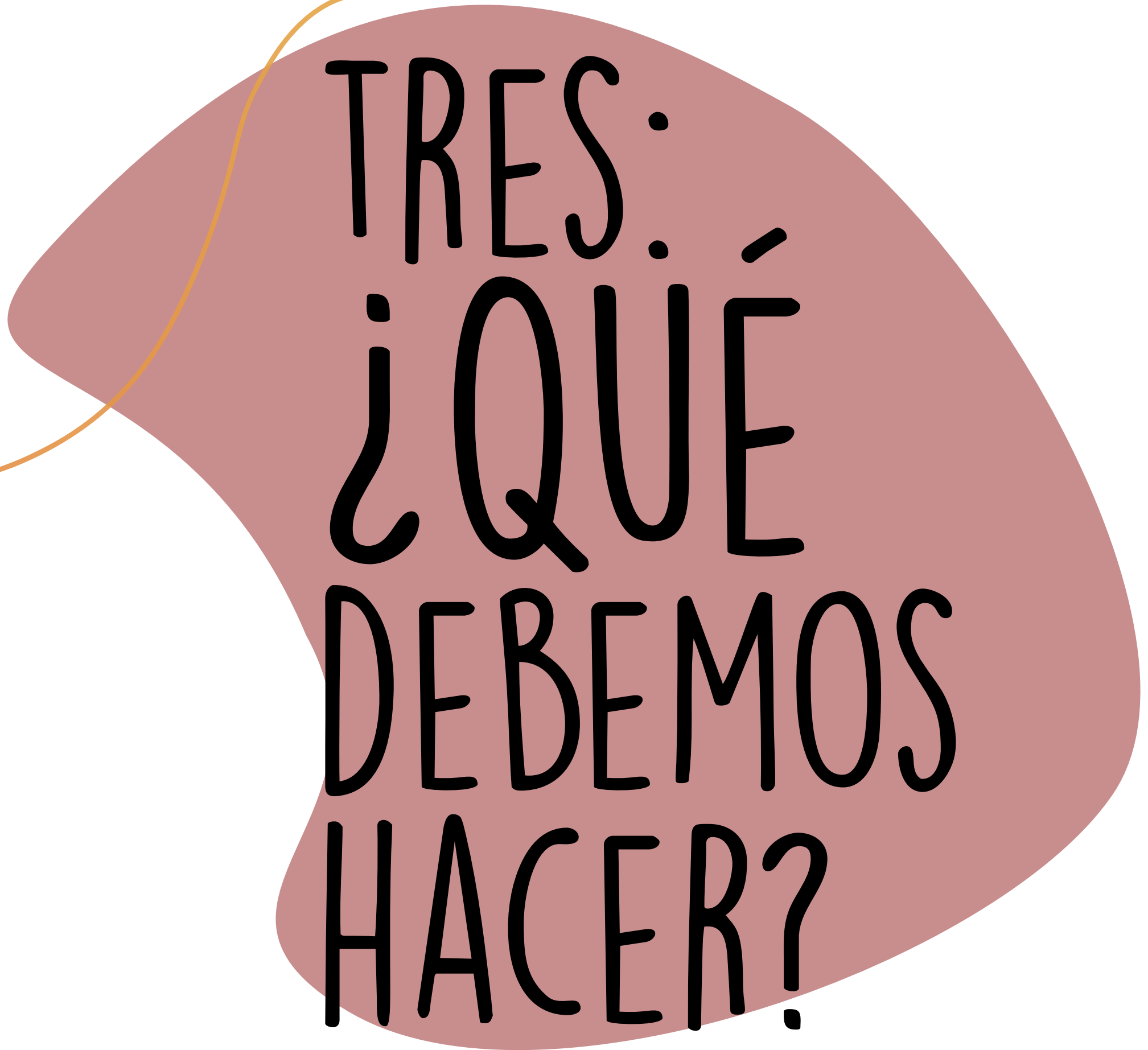




CAMINO

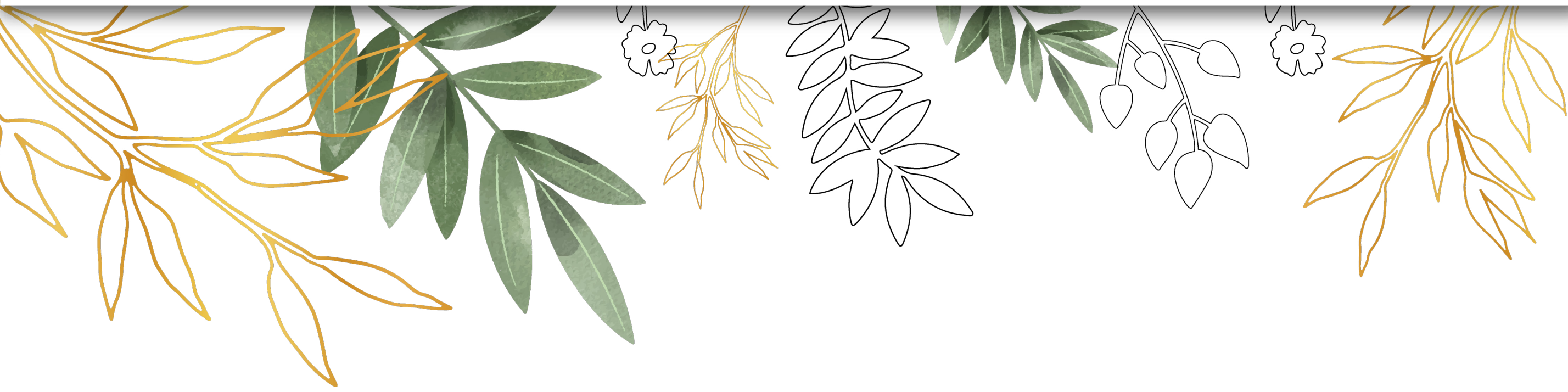


BELEN



TRES:
¿QUÉ
DEBEMOS
HACER?

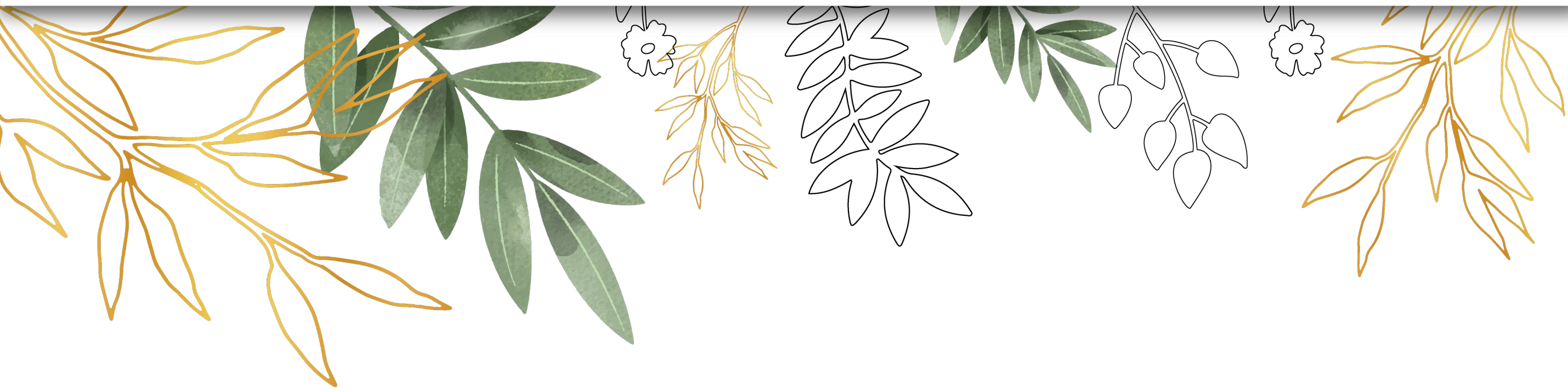




“¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?” fue el interrogante de un joven que se acercó a Jesús. “¿Qué debemos hacer?” fue la inquietud de quienes se acercaban al Bautista. “¿Qué tengo que hacer para...?” debe ser de las preguntas más repetidas a lo largo de la historia. Los seres humanos vivimos buscando recetas. Recetas para adelgazar, para tener éxito, para que no se nos caiga el cabello, para aprobar una materia, para aliviar una dolencia. ¿Qué tenemos que hacer para...?

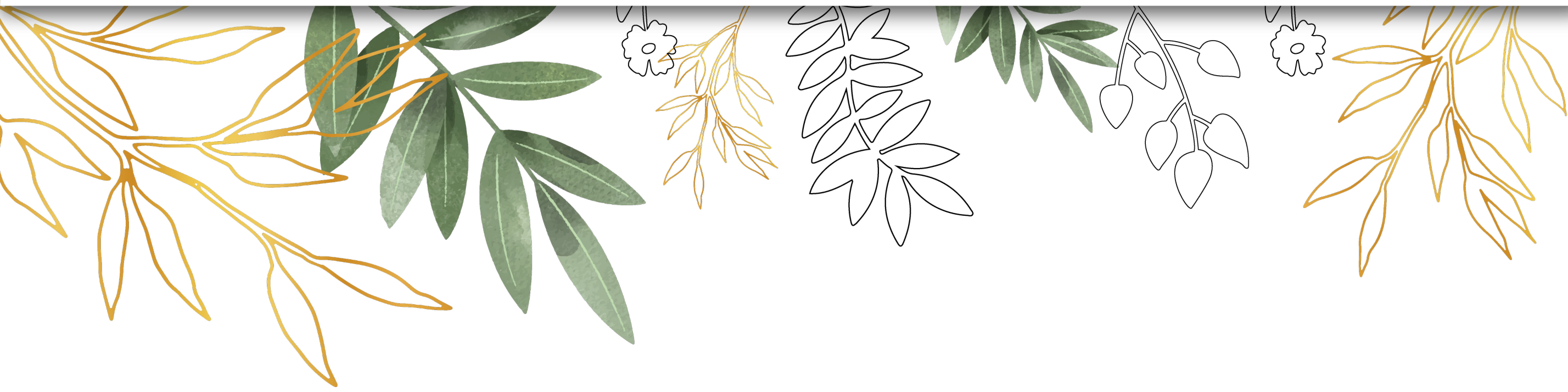
En la Cuaresma, como tiempo de preparación para la Pascua, también se nos dice qué hacer: limosna, oración, ayuno. ¿Y en el Adviento? ¿Armar el arbolito? ¿El Pesebre? Quizás podamos hacernos eco de la respuesta de Juan Bautista a la multitud que, expectante por la llegada del Mesías, preguntaba qué debía hacer: “el que tenga dos túnicas, dé una al que no tiene; y el que tenga qué comer, haga otro tanto” (Lc 3, 11).





Vivimos en un mundo injusto, como nos recuerda el Papa Francisco, en el que “unos festejan, gastan alegremente y reducen su vida a las novedades del consumo, al mismo tiempo que otros solo miran desde afuera mientras su vida pasa y se acaba miserablemente” (Gaudete et Exsultate 101). Se habló mucho de “las dos vidas”, se pronunciaron discursos, defensas, se enarbolaron banderas y pañuelos, homilías, comunicados, etc., qué importante detenerse a pensar un poquito en este punto de la exhortación a la santidad: “También es nocivo e ideológico el error de quienes viven sospechando del compromiso social de los demás, considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista. O lo relativizan como si hubiera otras cosas más importantes o como si solo interesara una determinada ética o una razón que ellos defienden. La defensa del inocente que no ha nacido, por ejemplo, debe ser clara, firme y apasionada, porque allí está en juego la dignidad de la vida humana, siempre sagrada, y lo exige el amor a cada persona más allá de su desarrollo.

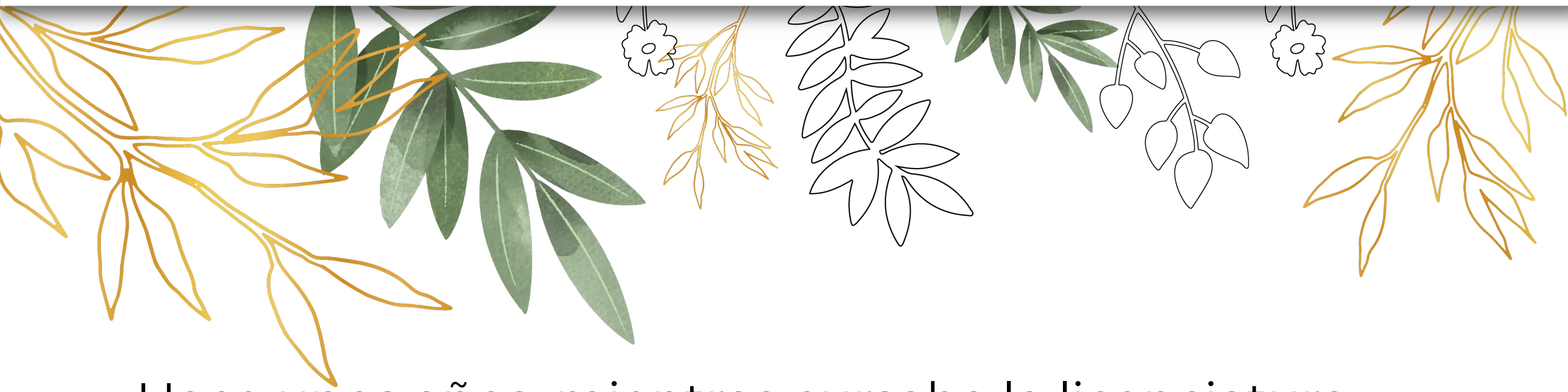




Pero igualmente sagrada es la vida de los pobres que ya han nacido, que se debaten en la miseria, el abandono, la postergación, la trata de personas, la eutanasia encubierta en los enfermos y ancianos privados de atención, las nuevas formas de esclavitud, y en toda forma de descarte. No podemos plantearnos un ideal de santidad que ignore la injusticia de este mundo...” (las negritas son nuestras).

¿Por qué no aprovechar este tiempo de Adviento para luchar contra la injusticia de este mundo? No vamos a cambiar el mundo pero sí podemos aliviar el dolor de alguien y modificar alguna de nuestras conductas. ¿Qué lugar ocupa el prójimo en mi vida? Recordemos que “prójimo” es el “extraño que se cruza en el camino”. ¿Qué tan justo soy en el manejo de mis bienes? ¿Qué espacio queda para el compartir generoso y desinteresado? ¿Cuáles son mis excusas para tranquilizar la conciencia y dejarme ganar por la indiferencia? ¿Me conmueve ver hermanos revolviendo la basura? ¿Me hago eco de los discursos que pregonan que el pobre es pobre porque quiere?



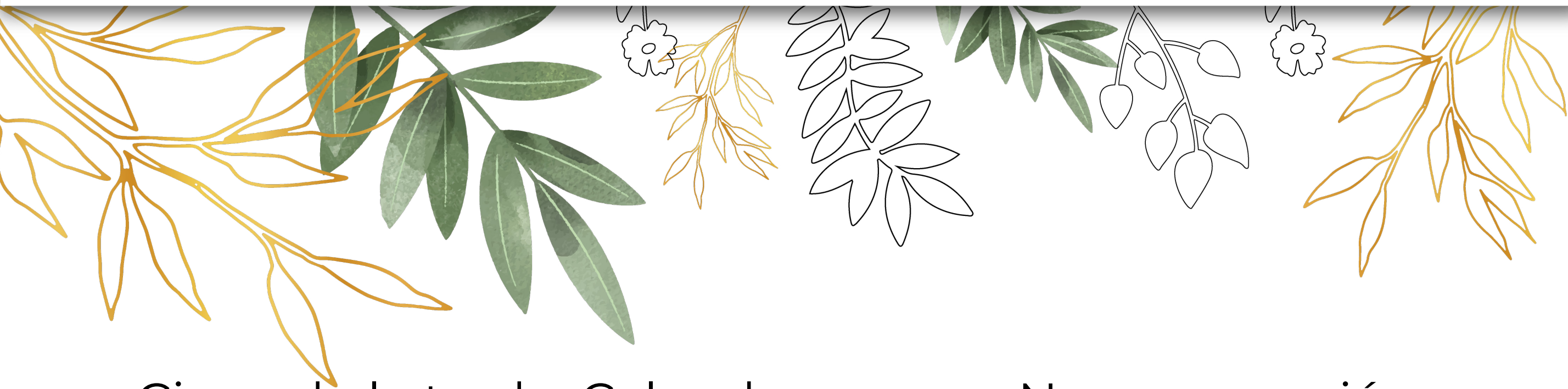


Hace unos años, mientras cursaba la licenciatura en la universidad, al salir de clases una tarde, me topé con una de las habituales escenas a las que terminamos acostumbrándonos en la ciudad. Cinco de la tarde. Mucho calor en la ciudad. Los seguí un par de cuadras y, si no fuera porque los veía detenerse en cada contenedor, la imagen inspiraba ternura: papá pedaleando, su hijita -que no pasaría los 9 años- parada atrás con el mentón apoyado sobre el hombro izquierdo y los brazos aferrados al pecho de aquel hombre.

Cinco de la tarde. Calor sofocante. Me pareció que no era pobre porque quería porque como "querer" imagino que querría estar en su casa con el aire, o en la pile, o yendo a buscar a la colonia a su pequeña esperando que le cuente lo divertido que fue todo.

Cinco de la tarde. Temperatura arriba de los 35 grados. No me pareció que fuera un vago. De serlo, no estaría ni pedaleando ni revolviendo la basura. ¿Tendrá trabajo? ¿Quién sabe?





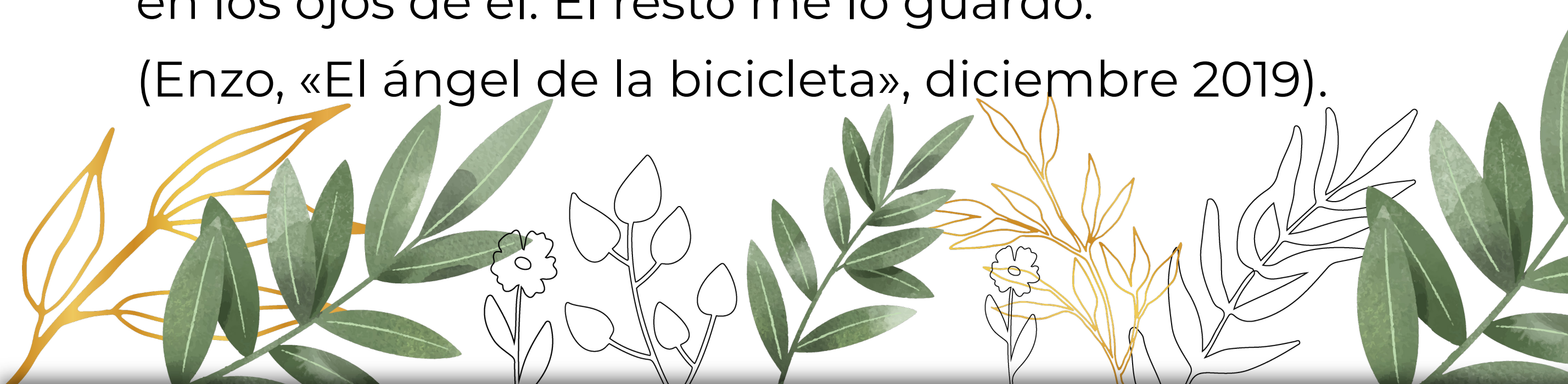
Cinco de la tarde. Calor de cagarse. No me pareció que fuera un planero. Capaz sea beneficiario de un plan o reciba la AUH pero evidentemente no le alcanzaba porque nadie que gane "fortuna" y encima "sin laburar" va a andar revolviendo la basura por hobby.

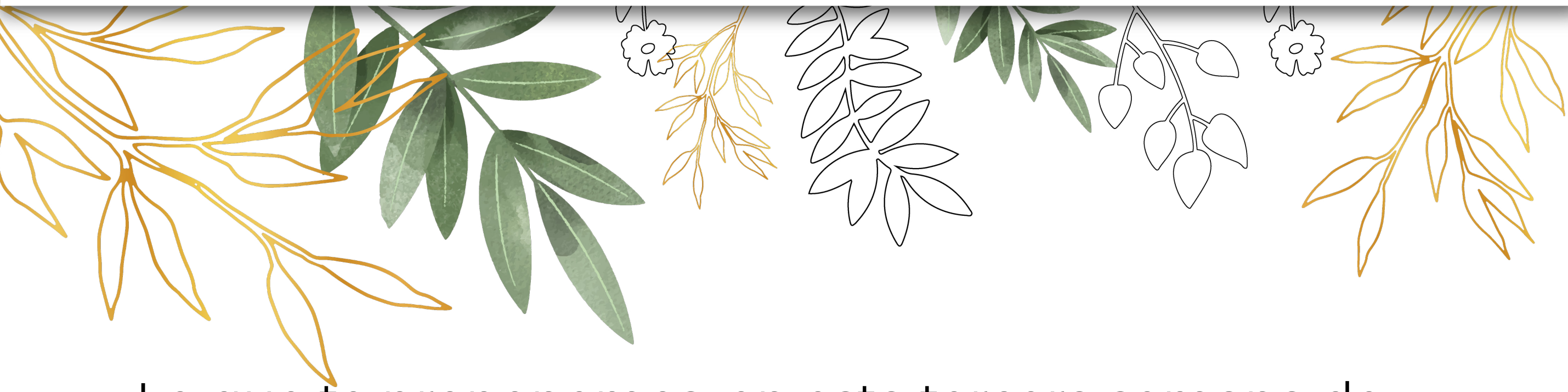
Cinco de la tarde. El calor ya no se aguanta. No me pareció que fuera un mal padre. "¿Cómo que no? ¿Llevar a su hija a revolver la basura con este calor? Debería estar en la escuela. Ah, claro, las clases terminaron. Bueno, debería estar jugando." ¿Y si la estaba protegiendo? ¿Y si pensó: mientras esté conmigo nada malo le va a pasar? ¿Y si la calle, con él, era más segura que la casa y la soledad? ¿Tendrá mamá? Tal vez ella sí estaría trabajando, limpiando alguna casa o cuidando a algún enfermo. ¿Tendrá más hermanitos?

Cinco de la tarde. Calor de mierda. No creo que viva de mis impuestos, ni de los tuyos, ni de los de nadie. Así que me acerqué con dos gaseosas y unos sándwiches.

Cinco de la tarde. Ya no podía pensar en el calor. Me quedo con la sonrisa de ella y con las lágrimas en los ojos de él. El resto me lo guardo.

(Enzo, «El ángel de la bicicleta», diciembre 2019).





Lo que te proponemos, en esta tercera semana de Adviento, es:

- Revisar el ropero y toda esa ropa buena que no usás tanto, al igual que el calzado, llevarlos a tu sede o a la parroquia para compartir con quienes menos tienen. Recordá aquello que nos decía San Juan Pablo II hace veinte años: “Es la hora de una nueva « imaginación de la caridad », que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno” (NMI 50). No se trata entonces de “hacer limpieza del ropero” y dar lo que no sirve, está gastado o agujerado por las polillas. “El que tiene dos túnicas dé una al que no tiene”.
- Al hacer las compras te invitamos a adquirir algo de más para compartir. Sabemos que la situación está difícil para casi todos, pero siempre habrá alguien que esté peor que vos. Acordate de la viuda del Evangelio. Volvemos al punto anterior: se trata de compartir generosamente.

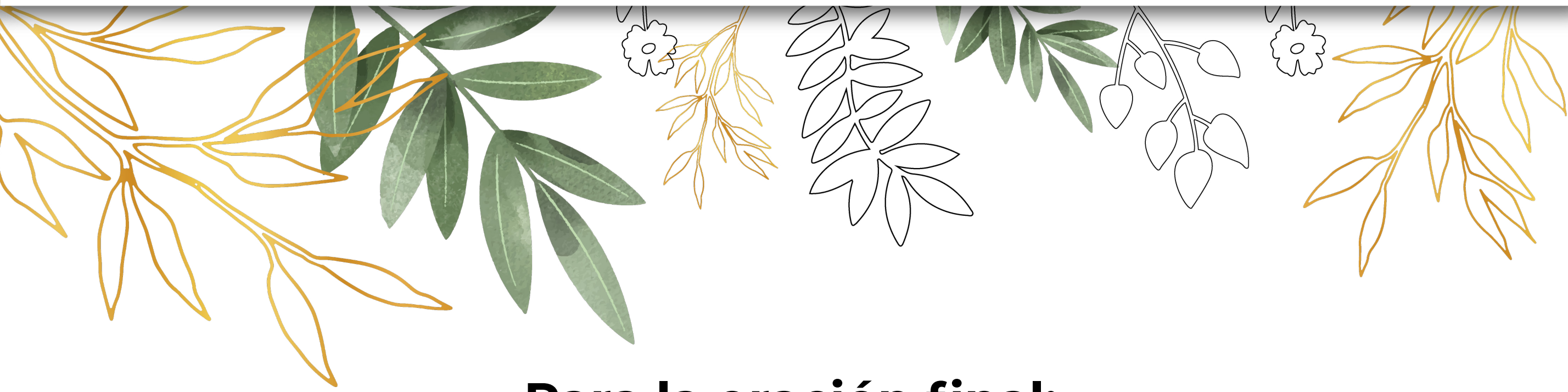




Si te comprás un kilo de lomo y para compartir comprás un paquete de medio kilo de la polenta de oferta, dejame decirte que no estás haciendo caridad (ni siquiera se trataría de una caricatura de la misma) sino que estás tratando de tranquilizar tu conciencia. Es como quien sale del shopping cargado de paquetes y da un par de monedas al pibe que está mendigando sintiéndose una especie de benefactor de la humanidad que merece un lugar al lado de Madre Teresa de Calcuta. “Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber...”

- Regalá algún juguete “nuevo” a algún niño necesitado. Te aseguro que la sonrisa y el brillo de los ojos de esa criatura no se te va a olvidar más. Será el propio Jesús el que te sonreirá en ese pequeño/a.





Para la oración final:

Toma Luis, mañana es Navidad
un pan dulce y un poco de vino
ya que no puedes comprar.
Toma Luis. Llévalo a tu casa
y podrás junto con tu padre
la Navidad festejar.

Mañana no vengas a trabajar
que el pueblo estará de fiesta
y no habrá tristezas.

Señora, gracias por lo que me da
pero yo no puedo esto llevar
porque mi vida no es de Navidad.

Señora, cree que mi pobreza
llegará al final comiendo pan
el día de Navidad.

Mi padre me dará algo mejor
me dirá que Jesús es como yo
y entonces así podré seguir viviendo.

(La Navidad de Luis, León Gieco)

